Núcleos Culturales en el Agro Cubano

Por Fernando G. Campoamor

Este trabajo fue leído por su autor en la tarde de hoy a las 5.15 ante los micrófonos de la emisora RHC-Cadena Azul, y es la décimooctava de las radioconferencias que presenta esa difusora, respondiendo así a la invitación expresa hecha a los intelectuales cubanos por el doctor Saladrigas, en su discurso del 21 de abril.

«Dispongo de seis minutos y tres cuartillas. Es un límite de tiempo y espacio casi carcelario, casi ahogante, para exponer uno de los dramas más íntimos de nuestra cultura. Pero, la misma dramaticidad, tan a vista de todos, tocante y sonante, nos relevan de pedir tiempo para ser concisos, al modo del agudo Gracián.

La cultura es un apéndice del sistema: una consecuencia de la sensibilidad pública matrizada a su vez por el tipo de economía vigente. La nuestra, hija natural de una economía endeble, es un betún. Bien pulido a ratos —a contrapelo de los síntomas más trágicos—, nos hace brillar honorablemente en casa y en el extranjero: a tanto llegamos en nuestra indiscutible aptitud de país despierto, siempre avisado. Pero la condición apendicular pesa más, y nos lleva a horcajadas, a rastras, malviviendo una cultura sin profundidad, sin arraigo vertical en la carne y en el hueso del hombre nativo.

Hasta que una nueva madrugada nos anuncie haber rebasado este insultante colonismo, mediante el disfrute del suelo y la propiedad legal de nuestro trabajo, la cultura irá a tono con esa superficialidad, ajena al tuétano de un destino propio. Mientras esa madrugada —por la que venimos disputando con el coraje más firme— sea simple futuro, víspera simple, el drama se irá encapotando, haciéndose nudo.

Y es que, dentro de la arquitectura de la colonia, las fuerzas supervivientes se han ido concentrando en la capital, han dejado el campo para ir a la capital —tremenda paradoja—, en busca de aire para respirar. Quiero decir, que un fenómeno de centralización localiza la existencia raquítica del país en el perímetro de La Habana, y, mientras los años nos agotan en esta vida larval, hay un éxodo de la ciudadanía hacia el corazón sanguíneo de la República, que late enfermo en una ciudad con Capitolio de piedra y bronce, con barrios de yagua y humo. Es la caravana tras el presupuesto, ridícula migaja que nos repartimos como huesos de una economía que se nos fugó.

Las posibilidades de la cultura viven bajo el mismo signo de frustración, dependientes de esta agonía insular. Lo poco que pueden hacer, lo hacen y lucen en La Habana. El campo es una res que se diseca a la intemperie, a tantos o cuantos kilómetros del meridiano de Cuba, que pasa por La Habana. Y así andamos entre mareas, mareados, a bordo de la isla con una capital que aspira a un millón de habitantes en una nación de cuatro, tan hipertrofiada como los niños de la manigua con el vientre dilatado por toxinas, pesándole más que el cuerpo.

Estamos invitados los intelectual cubanos a decir nuestras preocupaciones, y hay que decirlas con el tono de rebeldía —nunca de angustia— que debemos mostrar ante una vida que no merecemos. Hay que entregar las verdades en todos sus contornos. La mía es una verdad cardinal que me llama desde el fondo de mi raíz campesina, verdad cardinal de las mayorías nacionales.

El doctor Carlos Saladrigas ha reiterado con ejemplar preocupación, toda la responsabilidad que cargará si los votos le llevan al mando ejecutivo. Entiende correctamente que la hora es de crisis en lo más profundo de la entraña humana, en lo más fundamental de toda una civilización que periclita. Y que, cuando vengan abajo, como han de venir, las relaciones sociales que se sobreviven en un sistema superado, los valores de la cultura han de revisarse e invertirse al propio resplandor de los últimos fuegos. Un andamiaje falso de teorías estéticas y filosóficas irá al suelo en un aparatoso ruido de cosas huecas, de cenizas conluídas. Y un alzar de brazos y un olor de simientes que despiertan, pedirán sitio honesto para los valores discriminados.

Cuba ha de sufrir, en plazo de violenta cercanía, esta trasmutación orgánica de la postguerra. Frente a la indiscutida promesa liquidatoria, hemos de tener a mano las herramientas capaces de hacernos volver al camino, al pleno disfrute de la tierra y la atmósfera que nos dió la geografía.

Mientras el reloj nos acerca, apuremos la aguja con el músculo y la prédica. Salgamos de La Habana hacia este y oeste, anunciando la vuelta al meollo del hombre cubano, que es, como espiga popular al fin, polen de humanidad. En el campo está el pulso de la isla, su cauce y estrella.

Si «los intelectuales han de extraer sus ideas de la cantera inagotable del pueblo, bajar a las realidades difíciles de la vida —son palabras del doctor Carlos Saladrigas—, para elaborar con la ayuda de la ciencia la expresión perfeccionada de los anhelos nacionales», hay que dar vuelta en redondo al timón de una política cultural que nos ha manejado en esta quiebra republicana. Dejar a un lado la centralización enojosa y vaciar en el cántaro que limita las costas, el agua clara de un encuentro con nosotros mismos, de un vernos adentro, en la vena y en el calcio del hombre que espera —todavía crédulo—, detrás de las tejas humildes de un pueblo o en la sabana insolada del machetero.

El doctor Saladrigas acaba de prometer una permanencia de tres meses, en cada año, para gobernar desde Santiago de Cuba. Es una reparación moral a los orientales, justamente ofendidos en su fiel orgullo de región. Ha de gobernar desde el campo. Nosotros le pediríamos algo más, por la ventura de su obra y por la salud cubana: gobernar para el campo. En pocas palabras, trabajo y justicia por las provincias. Pero, ración de espíritu, ración de cultura, junto al pan noble de cada día y al agua tibia de las vigilias.

País mayo 24/44